

González Vera

## La Semana del Señor



**D**URANTE el año la gentes vivían sólo con algunos de sus sentidos. No se conmovían, no se entusiasmaban y tampoco consagraban un minuto al espíritu; pero, apenas llegaba la semana santa, las fisonomías brutales y despreocupadas se metamorfoseaban.

El gran recuerdo, que en el resto del tiempo no generaba ninguna nueva acción, bajo el sol de esos seis días encendía todas las almas.

Las mujeres locuaces apretaban los labios, se contenían los golosos, los avaros se apiadaban un poco, retornaban a la amistad los enemigos, los ebrios consuetudinarios rompían los vasos y todos enderezaban su conducta.

El sacrificio de Jesús se rejuvenecía. Todos aludían a la tragedia como si se tratara de un hecho ocurrido en el mismo pueblo unos pocos años antes. Y los personajes vinculados al Señor eran citados como se hubiera podido hacer con vecinos ya muertos. Jesús era para ellos una especie de patrón excepcionalmente bon-

dadoso y respetable. En cambio, los que le entregaron y los que le dieron muerte, eran odiados personalmente.

También era de rigor en esa semana, decir las mayores atrocidades contra los judíos. Una anciana que vivía cerca de nuestra casa contaba las historias más espantosas. Sus palabras contenían tal ardor, que yo no podía concebir, aunque forzara mi imaginación, la figura de un hijo de Israel.

Esos individuos que vivían anónimamente en todos los pueblos, se burlaban y mofaban de las cosas divinas con una saña incomprensible. Si alguno tenía negocio, se esforzaba en crearse una clientela de monjas y curas para eliminarlos mediante el suministro de productos envenenados... Otros, haciéndose pasar por cristianos, tenían la desfachatez de comulgar conservando la hostia en la boca... Esos herejes se iban a sus casas al menor descuido y allí arrojaban la hostia al suelo y la pisoteaban e injuriaban... Existía el recuerdo de uno que la puso a hervir. La hostia, que contiene el cuerpo de Cristo, comenzó a sangrar. El judío al principio fué presa de un gran regocijo; pero luego la sangre colmó la olla y se derramó por toda la pieza. Quiso huir el desalmado entonces, mas, comprendiendo que la sangre lo perseguiría por donde fuera, no se movió y la sangre vengadora anegó su boca, puso tiniebla en sus ojos y disolvió su alma... Y aun había otras historias más espeluznantes.

La onda de misticismo que cubría a hombres y mujeres permitía disfrutar a los niños de cuanto libertad querían. Dentro de la semana nadie los tocaba aunque lo trastornaran todo.

Sin embargo, cuando causaban a sus madres demasiada irritación, éstas les advertían en tono piadoso:

—¡Hagan lo que quieran; pero no vayan a creer que esta semana es eterna!...

Las mujeres sabían cumplir sus promesas. Apenas llegaban los días ordinarios, al primer desliz, los chicos eran azotados con pulso firme y buena voluntad.

\* \* \*

Desde la mañana del lunes la iglesia permanecía abierta. Las gentes del pueblo, y los núcleos de campesinos que llegaban de los fundos inmediatos, pasaban las horas de rodillas, rezando incesantemente para lavarse de sus insignificantes pecados.

El cura era la víctima de la semana, porque tenía que dedicar todas sus horas a decir misas, pronunciar graves sermones y recibir la confesión de cuanto majadero había en la aldea.

Durante las noches, se entornaban las puertas, y la iluminación quedaba reducida a dos lamparillas verdes que se ahogaban en la gran sombra de la nave.

Los penitentes, después de recitar innumerables y antiguas oraciones, se desabrochaban los vestidos e iban azotándose con cierto grave ritmo. El ruido monótono y áspero de los cilicios se alternaba con explosiones de gemidos y lamentos que iban a estrellarse en el cielo del templo.

Ese concierto místico y espontáneo que surgía de las tinieblas nos causaba, a los que nos quedábamos en los contornos de la iglesia, una impresión de pesadilla.

Yo después tardaba en conciliar el sueño y cuando ya estaba durmiendo tenía visiones horrendas y oía voces extrañas.

\* \* \*

Apenas las campanas eran echadas a vuelo, anunciando la resurrección del Señor, las caretas místicas se esfumaban, y los rostros volvían a sonreír con la pesada alegría habitual.

El Domingo era el día de la venganza... Un día azul, fresco y sedante que invitaba a irse por el camino del bosque, seguir el sendero ondulante de la montaña o fundirse en el silencio puro de los campos; pero, como era la hora tradicional de la venganza, el pueblo se apiñaba desde temprano, frente al Municipio.

Nunca se congregaba mayor número de personas. Los chiquillos corrían de una a otra punta de la calle, los huasos alineaban sus caballos hasta la plaza, y las mujeres, todas las mujeres del pueblo, enmantadas e inmóviles, repasaban las cuentas de sus rosarios...

A una hora dada se alzaba un grito unánime:—¡Ya viene el carro!

Entonces se producía el gran silencio anual.

Lejos, por el camino diagonal, aparecía un pequeño carro sin toldo tirado por el asno del Municipio.

El tal asno era el personaje más desocupado del pueblo. Iba por todas las calles comiéndose las yerbas. No ocasionaba gastos ni prestaba ningún servicio regular.

Para que el sacrificio se verificara protocolarmente, había que uncirlo al carro desde el alba. Al principio se entregaba a una pateadura delirante; pero como romper

las varas no era empresa fácil, optaba por echarse al suelo y quedar ahí como una piedra.

El gañán encargado de conducirlo, comenzaba en ese instante a garrotearlo con la mayor constancia, gritándole al mismo tiempo las injurias más candentes.

Ambos medios eran inútiles. El asno ponía verdadera pertinacia en permanecer sordo e insensible.

Al cabo de una hora el peón llegaba al más absoluto agotamiento físico y espiritual; no podía agregar un garrotazo más ni proferir una nueva injuria... El asno triunfaba.

Y como no carecía de cierta generosidad, apenas su enemigo yacía con una mano sobre la otra, se enderezaba y filosóficamente avanzaba contra la muchedumbre.

Su sometimiento era condicional. El conductor no podía privarlo del placer de ir devorando las yerbas que encontrara a lo largo del callejón.

La marcha era de una inevitable lentitud. Además, cuando el carro estaba a corta distancia, la multitud debía callarse, porque el asno era contrario a todo bullicio. Una vez que se detenía en el Municipio, le ponían un saco con pasto y le entrapaban las orejas para que no estropeará la segunda jornada.

\* \* \*

Las ancianas no creían que el asno fuera un animal de carne y hueso, sino una forma transitoria usada por Satanás para sustraer a Judas del castigo.

En otra época, cuando no abundaban tanto los incrédulos, Satanás disfrazábase de asno, y con el pre-

texto de buscar yerbas, se acercaba a los sitios donde los niños jugaban. Naturalmente, éstos lo usaban como corcel. Y ocurría que Satanás, aprovechando un descuido cualquiera, empezaba a crecer y de súbito desaparecía con su preciosa carga.

Nada era más útil en esas circunstancias que hacer la señal de la cruz. El Diablo huía fulminantemente dejando en la atmósfera un intolerable olor a azufre .. Y la víctima se salvaba.

Estas hipótesis, a pesar de su atractivo, no cundían demasiado porque el asno había observado siempre la misma conducta; pero no era estimado. Si una mujer anciana pasaba a su lado, disimuladamente le daba un puntapié, un varazo o le vaciaba un recipiente, eso sí que con la mayor discreción...

Debido a las prevenciones, el asno se aislaba y podía ir juntando un año con otro sobre su invulnerable esqueleto.

\* \* \*

El Judas era confeccionado con trapos y paja de arroz, y vestido con prendas que ya nadie usaba. En la parte donde es natural tener la cara, le ponían una máscara, o le indicaban el rostro con hilo rojo. Así conseguían darle una expresión de ebrio consumado y de pícaro auténtico.

Ese año, cerca de las nueve de la mañana, el Judas fué subido al carro. Y para que el pueblo pudiera verlo en el trayecto, se le pasó un cordel por la cintura y cada punta fué atada a las barandas.

Iba vestido como un burgués de grabado: levitón, sombrero de copa y cuello de forma severísima. Su fisonomía, sin embargo, era jovial. De su mano derecha pendía un saquito de tela transparente. Cuando saltaba el carro las monedas del saquito sonaban...

El vecindario avanzaba cercando el carro. Las mujeres eran las primeras en llegar a la violencia.

Las más pacíficas mostraban el monigote a sus chicos y les decían:

—Ese sinvergüenza vendió al Señor... Lo entregó a los judíos para que lo mataran. Es un perverso... pero todo lo pagará por junto .. La plata que lleva en el saquito es la que le dieron por el Señor...

Otros, más vehementes, se tomaban del carro y dirigían a Judas discursos injuriosísimos. Los mozalbetes le daban bastonazos, los chiquillos lo apedreaban.

Las espaldas del Iscariote se hundían, sus piernas vacilaban; pero su rostro, acaso cínico, manteníase quieto. Sus ojos miraban, con mirada absoluta, la horca que se alzaba en la plaza. Dentro de un instante no tendría ni la satisfacción de ver. Antes de terminar, antes de hundirse en la oscuridad absoluta, era un placer abarcar espacio aunque sólo fuera visualmente.

Se oían juramentos y risotadas bestiales. Los hombres de la multitud estaban teñidos de algo cruel y cobarde. Sentíanse poseídos por la voluptuosidad del suplicio ajeno, y hubieran pagado por estrujar con sus manos el corazón de Judas, aunque el Judas presente era sólo una representación de aquel que se ahorcó en Galilea.

Por más que yo comprendía lo horrible que fué la

acción de Judas, y aunque había en mí una ligera inclinación religiosa, no estaba asimilado a la turba. Su disposición de espíritu contra el simbólico monigote, antes que serme grata, causábame repulsión y pena.

Cuando el carro se detuvo en la plaza, la gente se acomodó en torno de la horca con jubiloso apresuramiento. Nadie quería perder un detalle: unos se frotaban las manos, otros absorbían con sus miradas los cambiantes aspectos de la escena, éstos se saboreaban como si tuvieran los labios impregnados de sangre tibia, aquéllos sentían, tal vez, que el suplicio por iniciarse los vengaría de humillaciones recibidas en carne propia; pero nadie pensaba en que el hecho de Judas pudiera ser un fracaso humano, un motivo de pesadumbre común...

Judas Iscariote, ya completamente maltrecho, fué bajado por dos peones y puesto en la horca. Mientras se le anudaba la cuerda a su cuello de trapo, el sacristán lo rociaba con parafina desde la cabeza hasta los pies. Apenas las extremidades de Judas quedaron oscilando en el vacío, el mismo servidor del Señor les acercó un fósforo...

El tranquilo viento de esa mañana admirable se asoció a la conmemoración de la venganza; con sus invisibles manos iba imprimiendo un ridículo vaivén al ajusticiado. Más que un suplicio parecía una prueba de acrobacia. Se oían algunas risas.

Primero desaparecieron las piernas. Después la llama se hincó en el vientre y fué calcinándolo trozo a trozo.

Judas Iscariote daba la sensación de estar atacado por una risa muda, apretada, invencible... Seguía la broma. Parecía no sospechar lo que verdaderamente estaba

ocurriendo. Con su medio cuerpo se balanceaba como cualquier equilibrista. Cada vez hacía menos bulto. De pronto no se vió más que su cabeza.. Era la última oscilación; la cuerda quedó a plomo.

Entonces los aldeanos con suma presteza, cayeron sobre las monedas que ennegrecidas yacían en el suelo.